

De enanos y gigantes. A Paulo Freire con cariño

Martín Linares

Se echó al monte la Utopía perseguida por lebreles que se criaron en su rodilla y que al no poder seguir su paso la traicionaron.

J.M. Serrat

El analfabetismo esconde en el fondo una prohibición
contra una clase social.

Paulo Freire

Mientras rendía examen de literatura española en la preparatoria, el viejo profesor se compadeció de mis vanos esfuerzos por recordar quién era el autor de *La Vida es Sueño* (o algo así), y me obsequió un “aprobado”, mientras me decía: “No te preocupes, a fin de cuentas la cultura es lo que queda cuando uno se olvida de lo que aprendió”.

Nos habíamos olvidado de Paulo Freire. Y su muerte nos sorprendió en medio de informes pendientes, clases por preparar e intentos por responder a la reestructuración autoritaria en la Universidad Pedagógica Nacional y en toda la educación superior pública. Como otras muertes antes, la suya subraya, por contraste entre luz y sombra, la soledad ideológica y la chatura intelectual de este fin de siglo en el que la inundación neoliberal busca todavía legitimarse con el pobre argumento de la falta de alternativas.

Es cierto, quienes alcanzamos a vivir esa etapa de la historia latinoamericana corremos el riesgo de idealizarla. O peor aún, de renegar de ella. Pero me resulta imposible evitar pensar que la pedagogía de la liberación que inició Paulo Freire y la teología de la liberación que germinó al mismo tiempo, así como una gran producción intelectual en los campos de la antropología (pocos días antes que Paulo se nos murió Darcy Ribeiro), de la sociología y la psicología social, fueron la expresión más brillante de la cultura latinoamericana en este siglo, ligada inevitablemente a un ascenso histórico de las luchas populares en nuestros

países. Y la estatura de quienes representaron esa producción en el campo del pensamiento social latinoamericano se corresponde con la dimensión de esas luchas sociales.

¿Por qué será que cuando se muere un maestro así, uno siente una extraña mezcla de bronca, de vacío y de impotencia, pero también muy en el fondo, de culpa y desamparo? De acuerdo, se supone que por aquello de la transferencia afectiva de padres a maestros. Pero en el caso de un "megamaestro", de los pocos que produce un siglo, de alguien que domina gran parte del horizonte de ese siglo, la pregunta es mucho más complicada. Quizás porque además Freire responde a eso que decía Brecht: "Los que luchan toda la vida, esos son los imprescindibles". Quizás porque no fuimos capaces, todavía, de ir más allá, partiendo del maestro y su época, de construir algo que lo supere y nos supere; de encontrar hoy una nueva síntesis entre las viejas y las nuevas "palabras generadoras". Sobre todo cuando es más necesario que nunca, cuando la multiplicación policéntrica de movimientos de autoorganización popular comienza a configurar una respuesta social al desgarramiento brutal de la sociedad que ha significado el ajuste neoliberal autoritario, pero al mismo tiempo una búsqueda de alternativas frente a ese desgarramiento, frente a un Estado que ha abjurado de toda función reguladora y redistributiva y en profunda crisis de representatividad y legitimidad; y también frente al agotamiento de modelos y formas anteriores.

Si es cierto que cada época se plantea las preguntas y las tareas que puede resolver, entonces asumir la muerte de Paulo Freire significa asumir de contrario y colectivamente esas preguntas y esas tareas. Significa asumir que, a diferencia de lo que sucedió en su época en la que la marea del movimiento social estuvo acompañada de un vasto movimiento de creación cultural e intelectual cuyo mejor exponente es la pedagogía de la liberación, hoy la capacidad de creación teórica, de renovación intelectual se encuentra muy por debajo del proceso actual de reactivación de nuevos movimientos sociales en nuevas condiciones. Significa re-pensar y co-pensar, desde el movimiento y en el campo de la educación popular, los problemas que hoy plantea el pasaje de viejos y nuevos sujetos colectivos a la acción política, ubicar la dimensión educativa y autoeducativa de los procesos actuales de autoorganización y movilización social. Significa, sobre todo, aprender de ese nuevo movimiento, a veces contradictorio, y construir pacientemente una educación que busque el camino hacia ese "mundo donde quepan muchos mundos".

Para los intelectuales reciclados y los sesentaiocheros biodegradables, estas preguntas y estas tareas no son importantes. O simplemente no existen. Fati-gados por el peso de un proyecto ambicioso, sediento de trascendencia, exigente y generoso sin medida, asustados por el calor de una llama utópica que entonces

parecía poder incendiarlo todo, vieron en la derrota de estos movimientos la posibilidad de desembarcar de "la nave de los locos". Convirtiendo la necesidad en virtud, para ascender como asesores, técnicos y operadores de la reestructuración neoliberal (y de su necesaria "reconversión intelectual"), debieron adoptar el aire "posmo" que sopla desde las sociedades relativamente estables y la tesis del fin de las ideologías (también reciclada desde fines de los cincuenta, y también ideológica) que ve como obsoletas las "ideologías revolucionarias del siglo XX". El interés, los mecanismos psicológicos defensivos y la necesidad de un *fast-track* intelectual desembocan en el difundido lugar común de que "todo eso ya está superado", de que la pedagogía freiriana es un periódico de ayer. Olvidaron, o nunca han querido ver, que los enanos pueden ver más que los gigantes sólo cuando están subidos sobre los hombros de los gigantes.

En marzo de 1995, luego de que el flamante gobierno zedillista lanzó la ofensiva militar contra el EZLN, a los contingentes de solidaridad con las comunidades zapatistas se les sumó un grupo de estudiantes de nuevo ingreso de la UPN. Iban a alfabetizar, a dar lo que creían poder dar. Volvieron confundidos y entusiasmados. Contaron, en una reunión de apoyo organizada en un auditorio de la Universidad Pedagógica, que no habían podido alfabetizar ni enseñar mucho por falta de condiciones (cada vez que se reunían, los niños asistentes salían corriendo pero organizados ante una señal convenida por la proximidad de vehículos militares o aviones), y también de tiempo y de método. Pero ellos habían aprendido mucho: habían visto por primera vez una comunidad libre y organizada, habían comprobado, conviviendo con un grupo humano rebelde, que las relaciones de cooperación pueden llegar a ser más fuertes que las de competencia y sobrevivencia individual. Recordando esa reunión, me pareció ver a Freire sentado discretamente en la última fila, sonriendo, garabateando apuntes y rascándose la cabeza con el lápiz.

Pedagogía política. Sabemos que el mejor reconocimiento a la obra de Paulo no es el homenaje oficial de quien compartió con él y otros el exilio (y una parte de la brillante producción intelectual brasileña y latinoamericana de los sesenta y setenta) y hoy, convertido en presidente, se rehusa a realizar la postergada reforma agraria, a enfrentar la ira de los *fazendeiros* y de los partidarios del orden excluyente. El mejor reconocimiento hoy es el ascenso latinoamericano de los movimientos indígenas y campesinos, esos que fueron la primera preocupación pedagógico-política del maestro, aquéllos entre quienes inició la revolucionaria experiencia educativa de Angicos en 1961.

Los mejores discípulos, los que sacaron 10 en memoria histórica, son hoy capaces de vincular sus reivindicaciones propias e inmediatas a propuestas embrionarias de cambio estructural en nuestras sociedades. Sus representantes más avanzados surgieron precisamente en dos sociedades donde el abismo

socioeconómico y la injusta distribución del poder y la riqueza son de las más profundas de América Latina. Son el movimiento zapatista de Chiapas, cuya pedrada de enero de 1994 rompió la ilusoria vidriera salinista del ingreso al primer mundo por el *highway* del TLC, y el MST (*Movimento dos Sem Terra*) en Brasil, surgido hace ya 30 años para enfrentar la vieja herida de la tierra. Ambos se han convertido hoy en actores políticos de primer orden, en punto de referencia y convocatoria para quienes no han renunciado a buscar y construir un mundo compartido, en el que valga la pena vivir con otros, y en maestros de nuevas formas de cultura política para el conjunto de la sociedad.

Hasta siempre, Paulo. Nunca dejaremos de ser tus alumnos. Te debemos, entre tantas otras cosas, una parte importante del orgullo de ser educadores y latinoamericanos.